
En la semana del 24 al 28 de junio de 1991 y en respuesta a una amable invitación de las entidades organizadoras de los cursos de verano de la UNED en Melilla, me encargué de uno sobre El mundo después de la guerra.

La verdad es que, cuando me llamó Pepe Megías, gran amigo y alma viva del centro unedeo, cinco meses antes del evento, la guerra de la que habla el título no había acabado. Todo lo contrario, los cohetes de Sadam renqueaban por el cielo del Oriente próximo a la busca del israelí escurridizo, mientras la parafernalia tecnológica estadounidense arrasaba Bagdad. En la televisión se daba una batalla sin cuartel por las primicias informativas que sólo supo ganar un reportero de la CNN. Los hay que labran su fortuna en medio de las peores desgracias. En las cancillerías no dejaban de sonar los teléfonos, los gobernantes europeos se azacaban en pos de alguna solución, las izquierdas se manifestaban contra el imperialismo yanqui y los comentaristas del mundo entero glosaban la matanza de los iraquíes.

Nadie sabía entonces qué acabaría sucediendo. Por eso nos atrevimos Pepe, que es un audaz, y yo a ponerle al curso el título que tiene. Porque sabíamos que la guerra acabaría en algún momento y, tras ella, seguiría habiendo mundo. En evitación de sonrisas socarronas por lo que pueda parecer un comentario ingenuo, me molestaré en recordar como una de las escasas garantías de tiempos pasados ante la inminencia de una guerra nuclear fue siempre la seguridad generalizada de que, acabada aquélla, no quedaría mundo alguno.

Y ¿cómo iba a ser el mundo después de la guerra? Entre los humos y el estruendo de la tormenta del desierto ya se dibujaban borrosos sus perfiles, los que hoy vivimos y son más característicos: triunfo de una potencia, los Estados Unidos, así como los valores que encarna, esto es, libertad, democracia y capitalismo de libre mercado; hundimiento definitivo del comunismo; resurrección de los nacionalismos, como la reaparición de una pesadilla del pasado, sobre todo en Europa, el continente donde seguramente hay más orates por metro km²; y expansión del fundamentalismo islámico. A todo ello debíamos dedicar nuestra atención. A fuer de españoles, estábamos obligados a rematar la faena mirando al tendido de la madre Patria, de forma que también añadimos una consideración sobre la política exterior de España.

La tarea de encontrar a los mejores especialistas en estas materias no me fue difícil, he de confesarlo, ya que tengo la suerte de contar con la amistad de algunos de ellos. De este modo, para el resurgimiento del nacionalismo llamé a Andrés de Blas quien amablemente dejó de lado otros compromisos para acudir al

llamado de la selva afectiva y participar en el curso, por lo cual le estoy muy agradecido. No es preciso decir que Andrés de Blas es el mejor estudioso de cuestiones de nacionalismo en nuestro país y que su presencia elevó mucho la calidad del curso.

Para tratar del hundimiento del comunismo me puse en contacto con Manuel Pastor, quien lleva años dedicado al asunto y tiene un conocimiento minucioso y hasta la fecha insuperado de él. Pastor ha estudiado —y sigue haciéndolo— otras ideologías, pero, si no me equivoco, ha acabado sintiendo una fascinación especial por la comunista, una mezcla de atracción y repulsión que se percibe en sus escritos y, sin duda, fundamenta ese necesario distanciamiento, crítico a la par que simpatético que su objeto de conocimiento ha de tener para todo buen académico.

El fundamentalismo islámico sí me planteó algún problema, debido a esa tendencia que muestran ciertos arabistas españoles, o especialistas de arábicas cosas, a eliminar ese distanciamiento del que antes hablábamos, de forma que no es infrecuente encontrarse con un especialista en fundamentalismo islámico que sea fundamentalista a su vez. Encontré mi mirlo blanco, sin embargo, en la persona de mi colega Juan Montabes Pereira, profesor titular de Ciencia Política de la Universidad de Granada quien por vocación, dedicación y cercanía territorial a la materia de sus desvelos, es poseedor de una gran competencia sobre la cuestión y a quien deseo largos años de incontaminada dedicación a ella, por si acaso esto del fundamentalismo resulta ser contagioso.

Finalmente, los dos sobornos, el triunfo de la gran potencia y la política exterior española, decidí atribuírmelos más como modesto aficionado a estas quisicosas que como verdadero especialista. Por tratarse de mi persona, el lector, si alguno hubiere, disculpará lo escueto del elogio y lo congruo de las explicaciones que, aún pertinentes, hácense impertinentes cuando versan sobre quien las formula.

Y así echó a andar aquel curso sobre El mundo después de la guerra el día de San Juan, onomástica del Rey. Encontró muy buena acogida no solamente entre los alumnos de la UNED sino también entre la población civil y las fuerzas vivas de la ciudad. La prensa le dedicó gran atención; además del combativo Melilla Hoy, también otra publicación de periodicidad hebdomadaria o quincenal, no recuerdo bien, aportó un jocoso comentario ex-ante en el que brillaba algún ingenio local.

El auditorio estuvo concurrido y, como siempre en esta ciudad, los debates fueron animados y hasta acalorados, si bien jamás descorteses. Recuerdo la asidua asistencia del Delegado del Gobierno, Manuel Céspedes, siempre directo y oportuno, acompañado por su mujer, María de la Merced Hernando Muriel,

parecida a una valquiria venida del norte; Enrique Bohórquez, el propietario de Melilla hoy, con sus apostillas, cargadas de sentido común; el Director Provincial de Cultura, José Luis Fernández de la Torre, taciturno, parco, sentencioso y algo guasón; el comandante José del Valle Chousa también siempre acompañado por su mujer, una dama de impenetrable ademán.

Los debates proseguían luego por la noche con varios de los asistentes en alguna de esas fabulosas terrazas melillenses en las que se puede beber un cuba libre y comer pipas de girasol debajo de una mata de buganvillas. Tertulias improvisadas en las que brillaba la socarrona ironía de Pepe quien alguna vez habrá de officiar de cronista de la plaza por sus muchos conocimientos de ella. En ocasiones disfrutábamos también de la serena presencia del Director del Centro de la UNED, mi tocayo Ramón Gavilán, ingeniero, funcionario municipal, impávido padre de familia y competente gestor universitario.

Los cursos son posibles por la colaboración de la Dirección Provincial de Cultura y el Ayuntamiento de Melilla. Precisamente en este curso habíase dado una alternancia en el color político de la Corporación local, pasando el consistorio de los socialistas a los populares y la Alcaldía de Gonzalo Hernández a Ignacio Velázquez. Ninguna otra circunstancia pudo ser más favorecida para demostrar con hechos que, en Melilla, los ediles saben circunscribir la política a sus límites y dedicar la atención que merece a las cuestiones culturales, educativas y universitarias sin coloración de partido.

Espero que el lector encuentre en los textos que ahora se publican y recogen las conferencias en que el curso consistió parecidos solaz y acicate a los que evidenció el auditorio en su día.

Madrid, 6 de enero de 1992, día de Reyes

Ramón Cotarelo